

Por último, Theo Jansen («The referentiality of tenses») vuelve a subrayar la importancia del contexto en la determinación de los valores temporales de la predicación. El autor considera que, en inglés y holandés, los tiempos verbales (*tenses*) no están basados en la categoría nocional de tiempo (*time*), sino en un sistema de referencias contextuales, basado en la perspectiva del hablante. Según el autor, los tiempos gramaticales establecen una relación entre el evento denotado por el predicado verbal y un determinado contexto situacional, y sus valores temporales se infieren siempre a partir de esta relación.

La obra, en conjunto, reúne colaboraciones de gran homogeneidad temática, exceptuando quizás el trabajo de Aslanides, más interesado en el análisis del discurso desde la perspectiva de un sistema de generación textual. Así, los artículos reunidos en este volumen ponen de manifiesto que la expresión de matices temporales y aspectuales resulta de la interacción entre las propiedades del predicado verbal y los términos a los que éste se aplica. [PILAR GUERRERO MEDINA].

WAHNÓN, SULTANA, *La estética literaria de la posguerra: del fascismo a la vanguardia*, Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1998, 305 págs.

El volumen que presentamos alarga la línea trazada por otros manuales aparecidos en nuestro país con anterioridad a éste. Después de la publicación de tres obras importantes a nivel general (A. García Berrio, *Teoría de la Literatura*, Madrid: Cátedra, 1989; D. Villanueva, *Curso de Teoría de la Literatura*, Madrid: Taurus, 1994 y J. A. Hernández Guerrero, *Manual de Teoría de la Literatura*, Sevilla: Algaída, 1996) nos encontramos ya en óptima disposición para recibir un trabajo más especializado como el de Sultana Wahnón, trabajo que, curiosamente, se concluyó antes que los anteriormente citados ya que fue presentado en 1987 como Tesis Doctoral. Parece que la autora se adelantó a los tiempos, aunque, por otra parte, ella misma afirma que “muy poco antes de su lectura la publicación del libro de Julio Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española*, había levantado una gran polémica en los medios de comunicación españoles” (pág. 9). Lo que no nos queda del todo claro es si el hecho de que no se publicase se debió a la confluencia en la temática, al menos en su parte más extrínseca, con Rodríguez Puértolas, o a la polémica suscitada en torno a su libro. Quizás la autora ha querido dejar conscientemente un pequeño hueco de indeterminación para que sea rellenado por cada lector.

El trabajo gira en torno a un eje fundamental: la norma estética existente en el panorama literario español en la década de los treinta, norma que se difundió, sobre todo, a través de las páginas de la revista “Escorial”. Desde este mismo eje se articula la tesis fundamental que defiende Sultana Wahnón: “durante los años treinta se elaboró en España una estética fascista, según el modelo de las estéticas fascistas que se elaboraban en otros países europeos (Italia o Alemania), pero con peculiaridades propias, que son las que en general distinguen el fascismo español (incluso como ideología política) de los otros fascismos europeos” (págs. 9-10). Alrededor de esta tesis van girando las distintas partes que van componiendo la obra. La primera, que se constituye además como antecedente de

la tesis, trata en los dos primeros capítulos de dos figuras claves para poder entender el nacimiento de este modelo estético. En primer lugar, tenemos la figura de Ernesto Giménez Caballero que con su libro *Arte y Estado* inaugura en 1935 un modelo estético literario que él mismo bautizó como “clasicismo cristiano” y cuyo fin último es dirigir el Arte hacia la propaganda ya que ésta es fundamental dentro del fascismo (pág. 22); y en segundo lugar, el poeta Luis Rosales, que inaugura a su vez el modelo “garcilacista”, que en el seno de la misma revista “Escorial”, comenzó por los mismos años a ejercer un punto de vista diferente (menos radical) al de Giménez Caballero sin salir del todo de la estética fascista y en el que se propone a Garcilaso, frente a Góngora, como paradigma del buen hacer literario y ejemplo hacia el que hay que retornar. Tanto el modelo de Giménez Caballero como el de Rosales intentaron hacer olvidar todos esos años de modernidad literaria que se habían vivido en España desde finales del siglo XIX hasta la guerra civil.

Con este panorama entramos en la segunda parte del volumen, que comprende los capítulos tercero y cuarto. En ambos capítulos se estudian las características de este tipo de normativa estética que desde las páginas de la revista *Escorial* se venía desarrollando, al tiempo que va surgiendo un nuevo movimiento de recuperación de esta olvidada modernidad literaria. El momento clave según la autora estuvo en el monográfico que la revista dedicó a San Juan de la Cruz en 1942, ya que este acontecimiento “supuso el repliegue definitivo de la estética clasicista” (pág. 106), entre otras razones porque el místico carmelita desplazó a Garcilaso de la cumbre de la poesía española, asunto que, desde luego, no ocurrió repentinamente, ni tampoco fue exclusividad española. El ascenso imparable de la obra literaria San Juan de la Cruz ya se venía fraguando desde el último tercio del siglo XIX y no sólo dentro de nuestras fronteras.

Por último, en la tercera parte del libro (capítulos quinto y sexto), Sultana Wahnón hace memoria de la definitiva recuperación de la modernidad en nuestra literatura proponiendo como pilares fundamentales, junto a los últimos tiempos de *Escorial*, las revistas *España e Ínsula*. La primera estuvo más centrada en el modelo estético romántico, y sólo al final, con la pluma de Dámaso Alonso, se acercó a los poetas del 27; la segunda, sí estuvo desde sus comienzos, y gracias a su total independencia de la estética literaria de posguerra, ligada a las vanguardias literarias, con dos principios fundamentales que la publicación puso de manifiesto el número que sirvió como homenaje a Jorge Guillén: su pureza estética y su cosmovisión poética (pág. 280).

Quien está acostumbrado a leer los libros o artículos de Sultana Wahnón sigue redescubriendo placenteramente en cada uno de ellos tres cualidades esenciales que definen a un buen investigador: una magnífica base documental, una buena capacidad de síntesis y una forma de escribir sencilla y elegante. Estas tres cualidades provocan que la comunicación entre la autora y sus lectores sea fluida, clara y completa. [ANTONIO MIALDEA BAENA].